

provincias de Maracaibo y Coro sobre el litoral del norte, con sus gobernadores los generales Fernando Miyares y José Ceballos á su frente, se pronunciaron decididamente contra el movimiento, siguiendo luego su ejemplo la Guayana. Para sostener su actitud, Miyares y Ceballos, reunieron tropas, pidieron auxilios á Cuba y Puerto Rico y se prepararon para resistir á los rebeldes ó someterlos por la fuerza. De este modo se diseñaron desde los primeros días los focos de la acción y de la reacción revolucionaria que debían mantener encendida la guerra civil por el espacio de doce años.

La Junta á su vez, se apercibió á la defensa en sostén de los fueros soberanos que había proclamado. Después de proveer á la seguridad interna y establecer los fundamentos de la constitución política, cubriéndose siempre con el nombre y la representación del monarca, decidió poner en ejercicio su soberanía externa, y abrió relaciones diplomáticas con los Estados Unidos para propiciarse su opinión, pero principalmente con la Inglaterra, á fin de estipular con el gabinete de Saint James una alianza para el caso de una invasión francesa á Venezuela, y sobre todo, buscar su mediación con el consejo de regencia que evitase una guerra con la metrópoli. La Gran Bretaña, á la sazón aliada á la España, al saber la revolución de Venezuela, había prevenido al gobernador de Curaçao, que estaba decidida á sostener la integridad de la monarquía española y á oponerse á todo género de procedimientos que pudiesen producir la menor separación de sus provincias de América; pero que, si la España fuese subyugada, la Inglaterra auxiliaría á las colonias hispano-americanas que quisieran hacerse independientes de la España francesa, declarando, que renunciaba á toda mira de apoderarse de territorio alguno (7). Partiendo de esta base y con las instrucciones antes

(7) Instrucciones del ministro de la Gran Bretaña, lord Liverpool, al gobernador de Curaçao, de 29 de junio de 1810.

indicadas, acordóse enviar una misión diplomática á Londres. Fueron nombrados para desempeñarla, don Luis López Méndez y don Andrés Bello, conjuntamente con el coronel de milicias Simón Bolívar.

III

En 1810, al hacer su primera aparición en el escenario americano, que debía llenar con su gran figura histórica, Bolívar contaba veintisiete años de edad. Nada en su estructura física prometía un héroe. Era de baja estatura — cinco pies seis pulgadas inglesas, — de pecho angosto, delgado de cuerpo y de piernas cortas y flacas. Esta armazón desequilibrada, tenía por coronamiento una cabeza enérgica y expresiva, de óvalo alongado y contornos irregulares, en que se modelaban incorrectamente facciones acentuadas, revestidas de una tez pálida, morena y áspera. Su extraña fisonomía, producía impresión á primera vista, pero no despertaba la simpatía. Una cabellera renegrida, crespa y fina, con bigotes y patillas que tiraban á rubio, — en su primera época; — una frente alta, pero angosta por la depresión de los parietales, y con prematuras arrugas que la surcaban horizontalmente en forma de pliegues; los pómulos salientes y las mejillas marchitas y hundidas; una boca de corte duro, con hermosos dientes y labios gruesos y sensuales; y en el fondo de cuencas profundas, unos ojos negros, grandes y rasgados, de brillo intermitente y de mirar inquieto y gacho, que tenían caricias y amenazas cuando no se cubrían con el velo del disimulo, tales eran los rasgos que en sus contrastes imprimían un carácter equívoco al conjunto. La nariz, bien dibujada en líneas rectas, destacábase en atrevido ángulo saliente, y su distancia al labio superior era notable, indicante de noble raza. Las orejas eran grandes, pero

bien asentadas, y la barba tenía el signo agudo de la voluntad perseverante. Mirado de frente, sus marcadas antítesis fisiológicas daban en el reposo la idea de una naturaleza devorada por un fuego interno; en su movilidad compleja, acompañada de una inquietud constante con ademanes angulosos, reflejaban, actividad febril, apetitos groseros y anhelos sublimes; una duplicidad vaga ó terrible y una arrogancia, que á veces sabía revestirse de atracciones irresistibles que imponían ó cautivaban. Mirado de perfil, tal cual lo ha modelado en bronce eterno, el escultor David, con el cuello erguido como lo llevaba por configuración y por carácter, sus rasgos característicos delineaban el tipo heroico del varón fuerte de pensamiento y de acción deliberada, con la cabeza descarnada por los fuegos del alma y las fatigas de la vida, con la mirada fija en la línea de un vasto y vago horizonte, con una expresión de amargura en sus labios contraídos, y esparcido en todo su rostro iluminado por la gloria, un sentimiento de profunda y desesperada tristeza á la par de una resignación fatal impuesta por el destino. Bajo su doble aspecto, sus exageradas proyecciones imaginativas que preponderaban sobre las líneas simétricas del cráneo, le imprimían el sello de la inspiración sin el equilibrio del juicio reposado y metódico. Tal era el hombre físico en sus primeros años, y tal sería el hombre moral, político y guerrero.

Huérfano á la edad de tres años y heredero de un rico patrimonio con centenares de esclavos como los patricios antiguos, tuvo como Alejandro por ayo y maestro á un filósofo, pero un filósofo de la escuela cínica, revuelto con el estoicismo y el epicurismo greco-romano. Según este mentor, el « fin de la sociabilidad era hacer menos penosa la vida », apotegma que contenía en germen la futura doctrina sansimoniana. Bien que fuera hasta cierto punto un sabio para su país, y un pensador original, sus ideas eran tan extravagantes, que á veces rayaban en locura. « No quiero parecerme



» á los árboles que echan raíces en un lugar, decía : sino al
» viento, al agua, al sol, á todas las cosas que marchan sin
» cesar ». Su pasión, eran los viajes. — Tenía como Platón
una república ideal en su cabeza, que sólo tendría en el mundo
un adepto. Partiendo de la base, que sentaba como teorema,
de que la América no podía ser monarquía ni república
semejante á las conocidas, ni gobernarse por reyes ó congre-
sos, todo su plan constitucional consistía en hacer vitalicios
los empleos desde el de presidente de la república hasta el
alcalde de barrio, « para evitar, decía, los trastornos de
» elecciones frecuentes, y no entregar los negocios públicos
» á aprendices ». Este filósofo y pensador extravagante,
llamábase Simón Carreño, y era natural de Caracas. Hijo
bastardo de un sacerdote y estigmatizado con la calificación
de sacrilego, cambió su nombre en el de Simón Rodríguez,
con el que ha pasado á la historia unido al de su ilustre ho-
mónimo. El maestro depositó desde muy temprano en la
cabeza de su joven discípulo estas ideas políticas que debían
germinar más tarde y esterilizarse como las suyas. Así, su
novísima verba, después de ver disipados todos sus sueños,
fué : « Murió Bolívar y mi proyecto de república sepultóse
con él ». Bolívar conservó toda su vida el sello que le imprimió
el filósofo caraqueño, modificando sus lecciones según su
naturaleza. Estoico en la adversidad, cínico á veces en sus
costumbres, independiente y móvil, con más imaginación y
no con mucha más prudencia que su inspirador, convirtió sus
extravagancias en delirios de grandeza; su actividad en
acciones heroicas; sus sueños, en ambición de gloria y pode-
río; su república ideal, en monocracia vitalicia; y con él
murieron las teorías políticas del reformador y los ensayos
de gobierno del libertador, que según la fórmula : « no era
ni monarquía ni república » (8).

(8) « Prodroso » impreso en Arequipa en 1828, é « Introducción » á

El mismo Bolívar reconoció siempre la influencia de su mentor en la dirección de sus acciones, de sus ideas y de sus sentimientos. « Las lecciones que me ha dado, — decía » catorce años después en el apogeo de la gloria y del poder, — » se han grabado en mi corazón : no he podido borrar una » sola coma de las grandes instrucciones que me ha regalado : » siempre presente á mis ojos intelectuales las he seguido » como guías infalibles. Mis frutos son suyos » (9). Pero Carreño-Rodríguez no sólo enseñó á pensar á Bolívar y formó sus sentimientos : le inculcó también una pasión generosa, que debía convertirse en fuerza. Rebeldes ambos por temperamento, la noción de la independencia estaba en sus mentes, y desde los primeros años del siglo, era tildado Rodríguez en Caracas, de hombre sospechoso al poder. La ocasión en que maestro y discípulo se comunicaron su secreta aspiración, es dramática, y ha sido relatada por el adepto en el lenguaje grandilocuente que es la antítesis del estilo algebraico del iniciador en el misterio de la emancipación de un mundo, que al fin fué verdadera república electiva en contradicción de su profecía.

No había cumplido aún los diez y siete años (1799), cuando Bolívar hizo un viaje á Europa.— Era entonces teniente de

la 4.^a parte del libro inédito de Carreño, en que bosqueja su plan de república ideal. Sus ideas están esparcidas en otros escritos sueltos : 1.º « El libertador del mediodía de la América y sus compañeros de armas defendidos por un amigo de la causa social ». 1828-1830. — 2.º « Carta á cinco bolivianos á la caída de la confederación Perú-boliviana ». 1839. — 3.º Artículos en el « Mercurio » de Valparaíso 1840. — Véase Amunátegui : « Biografías de Americanos », art. « Simón Rodríguez ».

(9) Carta de Bolívar á Simón Rodríguez de enero 19 de 1824, en Pativilca (Perú). En ella le dice : « Ha visto usted mis pensamientos escritos, » mi alma pintada en el papel, y no habrá dejado de decirse : *Todo esto es mío : yo sembré esta planta, yo la regué, yo la enderecé cuando tierna : ahora robusta, fuerte, fructífera, he ahí sus frutos : ellos son míos.* » Formó usted mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande ». Véase : O'Leary, « Cartas del Libertador », cit.

un regimiento de milicias de que su padre había sido coronel á título de señor feudal. — Visitó las Antillas y Méjico ; recorrió toda la España y viajó por Francia (1801), coincidiendo su permanencia en París con la inauguración del glorioso consulado vitalicio de Napoleón Bonaparte, quien despertó en él gran entusiasmo. Formada su temprana razón por las impresiones que despertaba en su imaginación el espectáculo del mundo, más que por la observación y el estudio, regresó á su patria unido á la hija del marqués del Toro, nombre que figuraba en la alta nobleza de Caracas (1801). Antes de que trascurrieran tres años, era viudo. Empezó entonces su segundo viaje á Europa (1803). Allí se encontró con su antiguo ayo, quien con su moral excéntrica, no era ciertamente el más severo mentor en una excursión de placer. En París cultivó el estudio de algunas lenguas vivas ; visitó á Humboldt, que había hecho célebre su nombre ilustrando la geografía física y la historia natural del nuevo continente, que él ilustraría con otros descubrimientos no menos sorprendentes, en el orden de la geografía política y la historia universal ; atravesó los Alpes á pie, con un bastón herrado en la mano y se detuvo en Chambéry (1804), visitando como peregrino de la libertad y del amor, las *Charmettes* immortalizadas por Rousseau, de cuyo Contrato Social tenía idea, pero en quien admiraba sobre todo por estilo enfático, su creación sentimental de la « Nueva Heloísa », que fué siempre su lectura favorita, aun en medio de los trances más congojosos de su vida (10). En Milán presencié la coronación de Napo-

(10) Véase Ducoudray-Holstein : « Memoirs of Simón Bolívar », t. 1, pág. 344. — La Croix, en su « Diario de Bucaramanga » dice : « Después de almorzar el Libertador fué á tomar su hamaca (el 23 de mayo de 1828) y me llamó para traducir versos franceses al castellano. Tomó la « Guerra de los Dioses » (de Parny), y la leyó como si fuera una obra escrita en español. En la comida volvió á hacer el elogio de dicha obra. Habló después sobre Voltaire, que admira, como á Walter Scott,

león como rey de Italia y asistió á los juegos olímpicos que se celebraron en honor del vencedor de Marengo. Con estas impresiones y estas visiones resplandecientes de gloria, en que se renovaban las festividades de las antiguas repúblicas griegas, llegó Bolívar á Roma. Después de admirar las ruinas del Coliseo, subió al monte Aventino, el monte sagrado del pueblo romano, en compañía de Carreño-Rodríguez. Desde allí contemplaron ambos el Tíber que corre á su pie, la tumba de Cecilia Metella, y la vía Apia al lado opuesto; y en el horizonte, la melancólica y solitaria campiña de la ciudad de los tribunos y los Césares. Impresionados por aquel espectáculo, que despertaba tan grandes recuerdos, hablaron de la patria lejana, y de su opresión. El joven adepto, poseído de noble entusiasmo, estrechó las manos del maestro, y cuenta que juró libertar la patria oprimida. Esta escena dramática, que tiene algo de teatral, jamás se borró de su memoria: « Recuerdo, decía veinte años » después, cuando fuimos al Monte-Sacro en Roma, á jurar » sobre aquella tierra santa, la libertad de la patria. Aquel » día de eterna gloria, anticipó un juramento profético á la » misma esperanza que no debíamos tener » (11).

Pasaron seis años, y la revolución venezolana vino por la fuerza de las cosas y no por acción individual. El papel que representó en ella Bolívar, no correspondió á sus entusiasmos juveniles ni prometía al héroe que debía hacerla triunfar.

» y concluyó diciendo: que la Nueva Heloisa de J. J. Rousseau no le » agradaba, pero que el estilo era admirable ». — En una carta suya á Sucre de fecha 7 de Julio de 1824, inserta en la colección de « Cartas del Libertador » (Memorias de O'Leary, t. XXIX), le dice: « Constesto la » carta que ha traído Escalona, con una expresión de Rousseau, cuando » el amante de Julia se quejaba de ultrajes que le hacía por el dinero » que ésta le mandaba: esta es la sola cosa que Vd. ha hecho en su » vida sin talento ».

(11) Carta de Bolívar á Simón Rodríguez, cit. en la nota anterior.

Después de su segundo regreso á Caracas, había vivido la vida sensual de un noble señor feudal de la colonia, alternando la residencia en sus haciendas en medio de esclavos que trabajaban para él, con sus mansiones placenteras en la capital. En 1809, al recibirse Emparán del mando de Venezuela, se le atribuye la duplicidad patriótica, — que le honra por un lado y lo sombrea por otro, — de haberse intimado con el nuevo capitán general para vender sus secretos á los que desde esa época preparaban la revolución. Así, su nombre se ve entre los conjurados que asistieron á las reuniones secretas; pero su persona no figura entre los que concurren al cabildo abierto en que Emparán fué depuesto por el voto del pueblo. Consumada la revolución, no se le ve asumir actitud definida. Nombrado coronel, á título de herencia, del regimiento de milicias que mandaba su padre, en la circunscripción de sus haciendas de campo, no tomó ninguna parte en los aprestos militares. Al fin, su figura se diseña vagamente en la escena política; pero no como hombre de pensamiento ó de acción, sino como diplomático en una misión equívoca, que tenía por objeto declarado buscar un *modus vivendi* pacífico con la antigua metrópoli. Volvemos aquí al año de 1810, en vísperas de su viaje á Inglaterra.

IV

La misión conjunta de los tres agentes venezolanos, solicitó una audiencia del ministro de relaciones exteriores, que lo era á la sazón el marqués sir Ricardo Wellesley, la que le fué concedida en carácter confidencial. Bolívar, como el más caracterizado y el que mejor hablaba francés, llevó la palabra en este idioma. Olvidando su papel de diplomático, pronunció